



sada (1), pero se concedió el derecho de ciudadano á los habitantes del territorio de esta desgraciada ciudad, lo mismo que á los de Capena y Faleria, y estas cuatro tribus nuevas llenaron los vacíos de la antigua población.

Al renacer Roma volvía á encontrar su doble guerra. En el exterior, los ecuos, los volscos, los etruscos, vencedores de los tribunos militares, fueron aniquilados por el dictador Camilo. En el interior, se reanimaron las primitivas hostilidades de los tribunos y los proyectos del patricio Manlio, el salvador del Capitolio. El senado, que colmaba á Manlio de honores, no recompensaba á Manlio más que con un sobrenombre, el de *Capitolino*, como Júpiter. En cuanto á él, socorría al pueblo, libraba á cuatrocientos deudores pagando á sus acreedores, y los padres y los tribunos envidiosos invocaban la tiranía. No obstante, el dictador Goso, victorioso en el exterior, era derrotado en el Fbro por los partidarios de Manlio que le arrancaban de la prisión. Camilo y aun los tribunos no podían obligar al pueblo á juzgar al conspirador frente del Capitolio que él había salvado. ¿No enseñaba además las ocho coronas que había conseguido y las armas de treinta enemigos que había muerto? La asamblea fué trasladada á otra parte y le condenó; pero debió estremecerse cuando se le precipitó de la roca Tarpeya. Entonces los plebeyos reclaman contra la tasa; los patricios se oponen á la censura, contra la cual hablan los dioses, y los tribunos rehúsan las levas. En el mismo instante los prenestinos, aunque derrotados por Camilo, tribuno militar por la sexta vez, plantan sus banderas cerca de la puerta Collina. Rechazándoles sobre las orillas del Allia, el dictador Cincinato hizo olvidar la vergüenza de la victoria gala (379).

Iban á reaparecer los galos. Los tribunos ponen sobre el tapete la cuestión del consulado plebeyo para darla una solución. No se comprende la anécdota de la patricia Fabia, casada con el plebeyo Licinio Estolón, y que tiembla al golpe con que el licor toca la puerta de su cuñado, el cónsul Sulpicio, como si hubiese ol-

(1) Plutarco, *Vida de Camilo*.

vidado todas las costumbres patricias. Lo que hay de cierto es que el matrimonio plebeyo aseguraba á los tribunos por las alianzas patricias, poderosos auxilios en la aristocracia (377). Licinio reclamó la disminución de las deudas y la reducción de toda propiedad á quinientas fanegas.

El consulado plebeyo era para los tribunos, que por espacio de cuatro años suspendieron toda elección curul. El Senado por su parte ganó á los tribunos populares y nombró, á pesar de todo, á los tribunos militares que eran patricios; el pueblo reservó sus fuerzas para la gran contienda. La dictadura cayó en desuso; hasta el dictador Camilo, no obstante su gloria, fué impotente, y amenazado con una multa, abdicó. Otro dictador, Manlio, permitió que cinco de los nuevos «decenviros sibilinos» encargados de guardar los oráculos de las Sibillas, fuesen plebeyos, y nombró jefe de la caballería á Licinio Estolón.

Una «amenaza de los galos» lo suspendió todo por un momento; nobles y plebeyos apelaron á Camilo, que dando á sus soldados cascos bien templados, escudos guarnecidos de acero y largas lanzas, les puso en estado de resistir la pesada espada de los galos y vengó la derrota del Allia sobre las riberas del río Anio (367).

No obstante su omnipotencia dictatorial y el respeto que merecían sus laureles y sus canas, los humildes magistrados del veto ordenaban que se prendiera en pleno Foro al triunfante guerrero. Camilo, tranquilo en medio de la multitud, proclamó el decreto, en virtud del cual todo plebeyo podía conseguir el consulado, y dedicó un templo á la Concordia, con aplauso de la multitud.

Sextio Laterano fué el primer cónsul plebeyo, y nadie volvió á hablar más del tribunado militar (360). Los patricios instituyeron para sí como indemnización la *pretura curul* con seis lictores para administrar justicia, y la *edilidad curul* para proporcionar juegos, carga que su riqueza proporcionaba á la pobreza plebeya.

El consulado plebeyo comenzó bajo tristes auspicios. La peste que arrebató á Camilo no cedía con el lectisterium, ni con los juegos es-



cénicos de la Etruria, ni con la ceremonia del «clavo sagrado» (1). Carcio pereció en una cima abierta en medio del Forio; sufrió una derrota y murió el plebeyo Genucio, dos veces cónsul.

Los triunfos de Apio, dictador, y el valor de Manlio, cuya primera hazaña fué salvar á su padre amenazando á un tribuno con el puñal, y que ganaba contra un galo el sobrenombre de *Torcuato*, arrancándole su collar, *torques*, formaba contraste. Por consiguiente, el peligro era real; los galos volvieron tres veces en diez años y constantemente había un nuevo motivo de temor. Los hérnicos y los etruscos triunfaban de tan formidables ataques (369-348). Para salir de tales peligros fueron necesarios siete dictadores y la gloria del cónsul plebeyo Petilio Libo.

Veamos ahora los nuevos cambios del interior. Los plebeyos consiguieron la edilidad curul; la ley Licinia sobre las tierras se ejecuta por la condenación de su autor; una ley de los patricios contra la ambición no compensa ni la reducción del interés al medio por ciento al año, ni la conquista sucesiva de la «dictadura», «censura», «preconsulado» y «pretura». Así caían las últimas restricciones del senado ante el crédito que habían adquirido con sus triunfos Marcio Rutilo y Publilio Filón; una de las veintisiete tribus llevó el nombre plebeyo de *Publilia*.

Por una nueva retirada al monte Janículo, obtuvo también la ley Hortensia para garantizar la libertad personal, y los reglamentos de Dentato fueron la salvaguardia del consulado plebeyo.

En lo sucesivo el equilibrio establecido no podía desaparecer sino por las usurpaciones del pueblo, que ya exigía que no pudieran entrar en el consulado dos patricios á la vez. Tampoco se dejaba apasionar por Apio aquel patricio popular que construía para el pueblo la famosa vía *Apiana*, levantaba en honor suyo impecederos monumentos y repartía á los prole-

(1) Este clavo sagrado estaba hundido en la pared del templo de Júpiter Capitolino. Era necesario un dictador para esta ceremonia y fué encargado Manlio.

tarios en las tribus rústicas para aumentar sus votos. Otro censor, Fabio Ruliano, adquirió el sobrenombre de *Máximo*, encerrando en un círculo estrecho de tribus urbanas al pueblo desbordado. Pero por el resentimiento de un escriba de los pontífices, Flavio, que en el año 344 descubrió el calendario y las fórmulas judiciales; por una continuada petición por parte de la autoridad religiosa del plebeyo Decio Mus, que creaba cuatro pontífices, cinco augures y tres flamines plebeyos; por la erección del altar consagrado á «la castidad plebeya», enfrente del altar de «la castidad patricia», los plebeyos entraron en posesión del derecho y de la religión. Habiendo reclamado las virtudes, los sacerdotes y los dioses de Roma fueron enteramente romanos.

Sin embargo, necesitara reunir todas estas fuerzas para una nueva guerra que duró sesenta y ocho años.

Ningun enemigo fué más encarnizado que los samnitas. Estos montañeses unieron al valor una inquebrantable constancia y una admirable energía de desesperación. Los romanos habían vacilado mucho tiempo medir sus fuerzas con su belicosa confederación, que para sostener la antigua gloria osca, iba á nombrar un emperador «imperator», buscaba aliados hasta en la Etruria y la Umbría y despertaba la adormecida independencia del Lacio.

El senado rompió con ellos cuando Capua, antigua colonia samnita, enervada por sus propios deleites, y no queriendo someterse á su liga, se declaró por Roma. Entonces, á pesar de haberse jurado alianza, defendió una propiedad que los samnitas no le reconocían. Esta primera contestación terminó por un tratado que dejaba á Capua en favor de la república y abandonaba los sidicinos á los samnitas (342). Pero la sublevación de las guarniciones plebeyas de la Campania, que exigían entre otras concesiones un dictador, no era más que la señal de una sublevación más peligrosa. Los latinos, «plebeyos de inferior especie», pedían la admisión en el senado y consulado, ó de lo contrario se retiraban. Se combatió á todos los aliados, pero se les concedió la ciudadanía de Roma. De ambas partes las mismas armas, la



misma disciplina y el mismo valor. Para mantener el orden en las filas de los romanos, no bastando el palo del centurion, se empleó la segur del verdugo. La victoria de Vesperis fué comprada bien cara con la condenacion del joven vencedor Manlio, hijo del cónsul Decio Mus, que se ofreció vestido con un velo negro, y con las legiones que fueron totalmente destruidas (340).

La liga del Lacio fué para siempre disuelta por la diversidad de castigos que daban sus ciudades. Los samnitas habian favorecido á Roma, y Roma les atacó. Al fin Marsos, Hirpinos, Picentinos y Pelignos se levantaron en armas. Pero el dictador plebeyo Publilio Filon redujo á los ópicos de la Campania (326), y Fabio Ruliano, jefe de la caballería, habiendo alcanzado una victoria contra las órdenes del dictador Papirio Curso, hubiera pagado su buen éxito con su vida si no hubiesen mediado las oraciones de los tribunos del pueblo.

El ejército de Roma, sorprendido en el desfile de las *Horcas Caudinas*, quedó sujeto en union de sus dos cónsules á merced de los samnitas. Poncio Herennio, generoso jefe de los samnitas, que habia inventado la estrategia, dejó libres á los soldados, haciéndoles pasar bajo su yugo. Esta humillacion no hacia otra cosa que aumentar su furor, y la astucia de Roma supo desembarazarse de semejante tratado. El Senado no quiso ratificar tratado tan humillante, y Postumio se fué á presentar al general vencedor, quien, al ver tanta bajeza y perfidia por parte de los romanos, dió libertad á los prisioneros y á los rehenes, pero no pudo impedir Roma una derrota ni la rendicion de Luceria, cuya guarnicion pasó á su vez bajo su yugo (329).

El valiente jefe samnita no habia abandonado su espada. Por espacio de un año duran las hostilidades, despues de las cuales hay una tregua de dos años, y al fin de ellos sublévanse los de la Campania. Los samnitas pierden treinta mil hombres de los cuarenta mil con que se habian estado defendiendo seis años. Sometidos los de la Campania, arman á los etruscos, á quienes Roma amenaza; ponen sitio á Sutrium, pero en dos grandes combates

son rechazados del otro lado del misterioso bosque de Cimmericia. A pesar de la ignorancia de los lugares, de las emboscadas samnitas y de la Campania, Fabio Ruliano, el valiente, á pesar de la prudencia del senado, destroza sucesivamente á los países de la Toscana, levantados en masa, é igualmente á los umbríos, aquellos duros hermanos de los galos, á quienes da muerte hasta sesenta mil hombres.

Por último, en tanto que los samnitas, vencedores en un principio, són derrotados en Longula por Papirio, extermina á los etruscos cerca del lago de Vadimon, á pesar del esfuerzo de sus guerreros, ofrecidos por la ley sagrada. Y aun cuando la Umbría estaba reducida ya á la alianza cuando los samnitas, salentinos y otros aliados se veian perseguidos por todas partes, cuando la independencia de los hérnicos espiraba en Avania, los ecuos bloqueaban á un ejército romano. Tomaron grande venganza contra esta intrépida poblacion, destrozando casi todos los lugares ó poblaciones, y entonces se hizo necesaria la guerra.

Último esfuerzo de los samnitas. Para todos los pueblos, desde el Rubicon hasta el mar, amenaza una dura servidumbre; samnitas, etruscos, apulios, braccios, todos la sentian. La Etruria se agitaba bajo el yugo de los samnitas, y antes que someterse dejaron el Samnium á Decio Mus, yendó á animar á los últimos toscanos. De una y otra parte no se confiaban demasiado en los hombres, sino en los dioses. En Sentino, en la Umbría, el desprendimiento hereditario de un Decio Mus dió la victoria á Fabio Ruliano (295).

Los romanos avanzaban; pero aún se batian en el Samnium, en Luceria y en Aquilonia, donde la *legion del Lino*, de diez y seis mil soldados, con sus brillantes armas y cascos de penachos, se mostró fiel al juramento y pereció hasta el último de sus hombres (293).

Por último, cuando Fabio Gurgos vencido, tomó de nuevo la defensa con ayuda de su padre degollando aquel herenio que habia permitido la libertad de los vencidos de las Horcas Caudinas, las armas se les cayeron de las manos á los samnitas. Una tentativa de los sabinos no fué bastante á reanimarlos, y Curio Dentato,



aquel plebeyo que deseaba mejor mandar á los que tenian oro que poseerlo él mismo, dictó las condiciones de la paz (290).

Para llegar hasta el Rubicon y cubrir esta comarca septentrional de colonias, los romanos no hicieron otra cosa más que asesinar traidamente á los grandes y al pueblo volsinio, y á aquellos terribles senones que habian conquistado á Roma y que, aunque sorprendidos, se hubieran vengado de nuevo si Domicio no se hubiera opuesto á su marcha. Todo el centro de la Italia estaba sumiso: los umbríos de la Galia, los toscanos y oscos de la antigua sociedad itálica, recibieron la ley en una triste desesperacion. Ya por la alianza de Turi, como por la reduccion de la Campania, los romanos se iban apoderando de la Magna Grecia, y la Cisalpina, que nadie hasta entonces habia tocado, contemplaba, sin embargo, sus avanzadas casi destruidas (280). Las colonias mantenian al país en completa subyugacion, y los triunviros principales velaban por la multitud de los plebeyos llevados á la ciudad, mientras que Apio ocupaba á Italia con sus magníficas obras.

Así se realizaban dos hechos que la divina Sabiduría presidió desde lo alto. El derecho en todas las contiendas exteriores no estaba quizás más por parte de los plebeyos que del senado. Conquistaron la igualdad, y lograron la tiranía: en el exterior, la política de Roma se habia ya señalado en los días de su infamia y crueldad; á costa de tantos sacrificios y de tantas traiciones, queda la Italia reducida. Pero entre la suerte de Roma y las victorias de los plebeyos hay una íntima relacion, de la que no debemos prescindir. Por cima de todos estos sucesos de fuera y de dentro está la voluntad de Dios, que todo lo ordena conforme á sus planes.

Necesario era que el senado subyugara á la Italia; pero tambien se necesitaba que la Italia se hiciera romana, para que con los mismos titu-

los, segun las mismas derrotas y la misma sumision, entrara el mundo, como la Italia, en la ciudad. La Italia no podia ser romana si los patricios formaban casta y si sólo ellos eran en Roma los ciudadanos. Los patricios formaban un poder excluyente; la plebe, por el contrario, debia recibir en su seno las ciudades y las naciones vencidas; los aliados, que tenian tambien sus patronos, no eran más que una segunda especie de plebeyos. Plebeyos y aliados se relacionan por la comunidad de esclavitud; los italianos se aprovecharán, pues, de las usurpaciones de los plebeyos.

Ahora, en fuerza de revoluciones, los plebeyos consiguieron muchas concesiones. Los comicios por curias no son frecuentados sino por el heraldo y los tres augures que deben presidirles; los comicios por centurias pierden cada dia sus atribuciones; por el contrario, los comicios por tribus, en los que el voto es personal, imponen sus plebiscitos á todas las órdenes que con ellos se confunden. Los plebeyos, son, pues, romanos; los ciudadanos aun no lo son; habia dicho un cónsul, que enclavaria su puñal al primer latino que deshonrara el senado cuando estuviera ocupado por los padres. Los latinos, como los plebeyos, saldrán un dia de la tutela, y despues de ellos, sucederá otro tanto para los demás vencidos. Este es el destino del mundo; de lleno quedará instalado en la ciudad, en el recinto del Foro; costumbres, religiones, leyes del mundo antiguo, todo lo que es pagano quedará unido en el Capitolio bajo el águila romana; este Capitolio es la Babel de las naciones antiguas, como el gran templo de todos los dioses del paganismo.

Pero no se vaya á creer que el pueblo judío va á ser tambien ciudadano de Roma; únicamente á causa de la verdad de que es depositario, será excluido de este privilegio. Roma no es ante Dios más que el representante de todos los errores y de todos los crímenes.